

TOMAS DE POSICION DEL PERSONALISMO EN LA SOCIEDAD ESPAÑOLA

Félix García

Siempre que me encuentro en la obligación de presentar un breve análisis de la sociedad en la que me ha tocado vivir, tengo la sensación de estar a medio camino entre las plañideras que acompañaban con sus llantos el duelo familiar ante el difunto y los flagelantes medievales que recorrían pueblos y ciudades con predicaciones de carácter apocalíptico, exigiendo la penitencia y la conversión inmediatas de la población. Al final es posible que se aproxime uno más al lloroso y quejumbroso Jeremías. Aunque no me guste en exceso ese papel, lo cierto es que tampoco es fácil romper con esa sensación de desolación que produce contemplar el espectáculo de la sociedad actual, al menos en una primera observación de la misma; la verdad es que cuando uno contempla la realidad que le rodea, su circunstancia, como diría alguno, es para echarse a llorar, por utilizar una vieja expresión de nuestra lengua, y sólo un optimismo visceral, inasequible al desaliento, enraizado en bellas y profundas creencias personales y comunitarias, hace posible el que esa desolación no nos conduzca a la desertización absoluta de nuestro ánimo.

Pero así es, nos encontramos ante una sociedad en profunda crisis de identidad, una crisis mucho más profunda que la que plantean problemas ya tan graves y dramáticos como el paro, a su vez manifestación externa de ese proceso de degradación colectiva. Vivimos en una sociedad sin fuerza, sin ideas ni creencias, sin ningún proyecto realmente sugerente de construcción de un tejido colectivo en el que puedan arraigar y fructificar las existencias individuales o la vida comunitaria. No debe preocuparnos excesivamente el que la falta de imaginación y de propuesta social sea la nota dominante en nuestra clase política, puesto que en definitiva nunca se cambia una sociedad desde arriba y, además, bastante tienen con hacernos creer que es presentable lo impresentable. Lo que sí debe preocuparnos es la falta de imaginación en la propia sociedad, que asistiendo huir en una carrera hacia delante regida por el inmediatez y la superficialidad. Pero más grave todavía es el hecho de que no sólo nos enfrentamos a

esta parálisis colectiva, sino que es la misma sociedad la que es puesta en cuestión en todos y cada uno de los momentos.

La sociedad es incapaz de ofrecer una imagen de sí misma mínimamente atractiva —y eso se comprueba fácil pero amargamente cuando uno se dedica a la educación—, por lo que es vivida por los individuos como un mal, como una carga que se soporta con resignación, a la que imputamos nuestros males y a la que acudimos, rizando el rizo de nuestra absoluta sumisión, para que resuelva nuestros problemas, como bien dice Castoriadis.

Todo el mundo parece estar de acuerdo en que vivimos en una sociedad en crisis, pero esa omnipresencia de la crisis se está convirtiendo ya en puro recurso retórico, vacío absolutamente de contenido, si no es una excusa mediante la cual los que nos gobiernan y los que nos oprimen intentan que aceptemos todas las medidas, por duras que sean; o si no es por el contrario una excusa en la que todos nosotros nos escudamos para justificar nuestra pasividad, para poder echar a alguien o algo las culpas de nuestros males y, puestos a sacar partido de las peores situaciones, para terminar viviendo con la crisis, en la crisis y de la crisis. No sería la primera ni la última sociedad que hiciera compatible la desmoralización completa con el refugio colectivo en la mascarada, el carnaval y la trivialidad. De diletantes haciendo futín está el mundo lleno. Y mientras se sigue haciendo futín o degustando ricos quesos —los que pueden, claro está, pues los otros no viven de la crisis, sino que la crisis vive de ellos—, se está perdiendo una gran oportunidad histórica de caminar realmente hacia un cambio social, de reconstruir un tejido social que había salido muy malparado de un túnel de cuarenta años. A lo sumo, en una sociedad del consenso y el pasticheo generalizado, resurge con fuerza el corporativismo, la constitución de pequeños o grandes grupos que buscan la defensa de sus intereses particulares sin ser capaces de tener una visión de la sociedad en su conjunto. Cada grupo lucha por sus propios intereses particulares y se esfuerza por conseguir el botín más rico; los mismos sindicatos se convierten en agrupaciones corporativistas, lejanos ya los días en los que eran expresión de una clase social que creía en sí misma y se consideraba portadora de una sociedad nueva. Los movimientos sociales, de reciente vida, tampoco parecen capaces, por ahora, de articular sus fines y medios en términos universales; bastante hacen con mantener la vela encendida.

No conviene, sin embargo, extendernos más en consideraciones sobre esta crisis y sus características, para no ser tachados de llorones, como decíamos al principio, o de masoquistas; es urgente cambiar de perspectiva. Como diría Woody Allen: «¿Me permiten ustedes introducir un punto de vista en esta coyuntura?» Pues bien, que nadie pierda la serenidad, no nos dejemos guiar por el pánico, ni gritemos un desesperado «¡sálvese el que pueda!»; si algo debe quedarnos claro es que o nos salvamos todos o aquí no se salva nadie. No es nuevo lo que nos ocurre; a lo largo de miles de años han sido numerosos los intentos de aniquilar la vida social, los amagos de triunfo de las tendencias tanáticas, por utilizar la expresión de Freud, que quieren llevar a la humanidad a la paz de los cementerios o a la feliz tranquilidad de las porquerizas. Sin embargo, renovadas cual ave fénix, renacen las fuerzas eróticas y la sociedad humana sigue su camino doloroso, pero acariciado por la esperanza, en busca de un mundo más solidario y más libre, de unos nuevos cielos y una nueva tierra. Ya lo expresaba

bellamente el Antiguo Testamento, con una belleza que habitualmente se le escapa al más frío lenguaje racional: el triunfo de la serpiente era tan fulgurante como fugaz. En la cúspide de la hecatombe florecía la semilla de la esperanza, aunque en este caso no conservada en la caja de Pandora, sino en la estirpe de la mujer, en un vástago excepcional que haría exclamar al sesudo y silencioso monje medieval «Félix culpa», paradoja admirable que contribuye a curarnos del desconsuelo.

Hermanos, no os atormentéis, decía San Pablo; no llores porque se ha puesto el sol, dice el sabio proverbio. Malos tiempos corren, es cierto, y a todos nosotros nos hubiera gustado nacer en épocas mejores, pero no ha sido así. Como bien expresaba Thomas Mann, «cuando la época misma, a pesar de su agitación, está falta de objetivos y de esperanzas; cuando se revela secretamente desesperanzada, desorientada y sin salida; cuando a la pregunta planteada, consciente o inconscientemente, pero al fin planteada de alguna manera, sobre el sentido supremo más allá de lo personal y de lo incondicionado, de todo esfuerzo y de toda actividad, se responde con el silencio del vacío (. . .), es preciso un aislamiento y una pureza moral que son raros y una naturaleza heroica o de vitalidad particularmente robusta». En lugar de quejarnos saquemos fuerzas de flaqueza y sigamos aportando a la sociedad las semillas de algo nuevo. No se trata en ningún caso de acentuar los dicterios e imprecaciones con aires truculentos; no se trata de convertirnos en implacables jueces que condenan a sus contemporáneos desde una superioridad moral que nos adjudicamos sin derecho. Se trata más bien de echar una mano, de arrimar el hombro, para entre todos, tirando unos por aquí y tirando otros por allí, ayudar a convertir los dolores actuales en dolores de parto y no en estertores de agonía.

Ese y no otro es el giro copernicano fundamental. El mundo contemporáneo asiste atónito a transformaciones aceleradas que provocan conmociones dolorosas; sólo seguir su curso exige ya un notable esfuerzo que termina dejando exhausto, pues no se sale de un problema cuando ya está encima el siguiente. Para unos, los ricos, el llamado mundo libre occidental, esas conmociones son auténticos estertores que preludian la agonía final de algo que necesariamente tiene que desaparecer para que el mundo no se hunda en un último holocausto; para otros, los pobres, los llamados países dependientes y también los marginados en el seno de las sociedades opulentas, esas conmociones son los dolores del parto que preceden al nacimiento de un mundo nuevo en el que podrá terminar la miseria cotidiana que ahora se ven abocados a soportar. En ambos casos, desgraciadamente, el horizonte se tiñe de rojo, pero el rojo del ocaso que precede a la noche en nada se parece a la Aurora Roja, anuncio de un mundo nuevo que puede nacer. Pero aquí y ahora no nos resulta sencillo ese giro copernicano; las sociedades occidentales están objetivamente interesadas en mantener un discurso ideológico, en el sentido más fuerte que le daba Carlos Marx, mediante el cual pueden ocultar la realidad, la cruda realidad que constantemente está llamando a su puerta, cada vez más cerca y con más urgencia. No hay solución a los problemas actuales, mientras se quiera conservar un modelo de vida y de sociedad que se basa en el expolio y el despilfarro; si no renunciamos a ello, el holocausto es inevitable. Paralizada ante esta constatación que ni siquiera se atreve a reconocer, la sociedad occidental ha perdido la capacidad de propuesta, es incapaz de ofrecer al mundo un auténtico discurso universal y emancipador.

Los espíritus más finos y más sensibles del mundo occidental contemporáneo tienen un aire permanente de crispación, de dolorosa angustia, de pesimismo negativo, que se resiste lúcidamente a ser cómplice de un discurso que, si en un tiempo fue liberador y apostó por la libertad, la igualdad y la fraternidad, hoy es utilizado como velo encubridor de la barbarie. Por decirlo de otra manera, han tirado de la manta y han sacado a la luz los recovecos más oscuros y más perversos de la naturaleza humana. Algunos, con un cinismo seudoprogresista, parecen complacerse con ello y alimentan esa desmoralización generalizada que parece paralizarnos a todos. Otros se esfuerzan en dar testimonio con su propio compromiso intelectual y personal de que merece la pena seguir defendiendo aquellos ideales que abrieron sendas de esperanza para todos. Pero estos últimos serían como voces en medio de un desierto de indiferencia que no quiere oír nada de renunciadas ni de compromisos morales y que prefiere seguir las proclamas de los nuevos, y al mismo tiempo eternos, déspotas satánicos que están dispuestos a llevarnos hasta la catástrofe para preservar sus ciegas ansias de dominio y de lucro, siempre, claro está, en defensa del buen nivel de vida de sus votantes y en defensa de la civilización cristiana y occidental. Y, en definitiva, no parece fácil en estos momentos, aquí y ahora, encontrar caminos que rompan con esta situación, recuperar la sensibilidad para escuchar las voces de los que sufren, solidarizarnos con su sufrimiento y atender a las propuestas que desde su propia pobreza y miseria están haciendo, pues ellos sí están interesados objetivamente en solucionar los problemas actuales y, una vez más, sólo de los pobres de la tierra puede surgir esa nueva semilla, despuntar la Aurora Roja que antes mencionábamos.

Urge, por tanto, a pesar de esas dificultades, acometer con amor y con pasión ese giro copernicano. Para ello nos parece fundamental un cambio radical de nuestra propia posición ante la sociedad, cambio que se articula en una recreación de nuestra dimensión temporal y en la recuperación de un talante profundamente ético. Desde ahí hay que irrumpir con fuerza en la sociedad para conseguir que brote de su seno la fuerza que la haga cambiar, dejando al margen el ámbito de lo político, en el sentido técnico maquiavélico del término. Nada, por tanto, de moralismos ni moralinas intimistas sin una rigurosa y radical toma de partido ante las cuestiones centrales de nuestro momento. Pero tampoco nada de vaciarse en un activismo exterior sin una rigurosa y radical transformación interior. «La revolución debe ser a la vez personalista y comunitaria o, si se prefiere, *personalista y socialista*», nos decía ya Mounier.

Así pues, hay que recuperar, en primer lugar, una dimensión temporal de nuestra propia vida y de la sociedad en su conjunto, para desde ella poder hacer nuevamente frente a la historia, una historia que, sin renunciar a la memoria del pasado, se abre a un futuro esperanzador y sigue basándose en la confianza de que de los seres humanos depende lo que vaya a ocurrir. Una dimensión temporal que, pivotando entre el pasado y el futuro, vive intensamente el presente cotidiano. Memoria, por tanto, del pasado; es decir, presencia fecundante de lo que ha sido nuestra historia reciente, no tanto para encontrar en ella una excusa —la herencia recibida— a nuestra propia incompetencia, cuanto para poder trazar la biografía de un tejido social que ha sido descoyuntado durante decenios, para poder reconstruir la génesis de los problemas a los que nos enfrentamos y

para hundir nuestras raíces en el suelo de unas tradiciones sin las que nada nuevo puede surgir. Bien lo sabía el ministro de la verdad de la gran novela orwelliana; bien lo saben nuestros actuales dirigentes: una de las claves fundamentales del dominio es precisamente la destrucción de la memoria, situarse en la pura inmediatez de un presente vacío en el que no hay puntos de referencias anteriores desde los que contrastar las viejas promesas rápidamente desmentidas y las oscuras biografías a duras penas encubiertas.

Memoria, por tanto, enriquecedora, pero también memoria del dolor y del sufrimiento. Memoria que recuerda que la historia es la «mesa de sacrificios en la que han sido víctimas la felicidad de los pueblos, la sabiduría de los Estados y la virtud de los individuos» y que mantiene viva la pregunta lacerante que hacía Hegel: «¿Para quién, para qué finalidad ha sido inmolada esta asombrosa cantidad de víctimas?» *Ya no habrá más penas ni olvido*, es el título de una bella película argentina; en efecto, queremos que ya no haya penas, pero eso no será posible nunca si olvidamos el sacrificio de los inocentes que fueron víctimas de la injusticia y la opresión. Aprendamos el duro testimonio de las madres de Mayo, las cuales, desde su sólida fragilidad, se niegan a que sus hijos sean olvidados, pues desde su sabiduría profunda, no aprendida en libros ni academias, saben que será imposible reconstruir una sociedad sobre un vergonzante pacto de silencio. No hay en absoluto revanchismo, tan sólo respeto y reconocimiento, con Marcuse, de que «ni siquiera el advenimiento último de la libertad puede redimir a aquellos que mueren en el dolor. Es el recuerdo de ello y la culpa acumulada de la humanidad contra sus víctimas el que oscurece la posibilidad de una civilización sin represión». (Más allá del pesimismo marcusiano.) La resurrección salvífica de Cristo no hubiera sido completa y absoluta si no hubiera estado precedida por el descenso a los infiernos; poéticamente lo ha expresado muy bien Whitehead: «Dios es el juicio de una ternura que no pierde nada que pueda salvarse. Es también el juicio de una sabiduría que aprovecha aquello que en el mundo temporal son meros despojos de naufragio.»

Y desde la memoria del pasado, proyectarse a la esperanza del futuro, aunque un futuro entendido de forma muy diferente a como lo entendía el pensamiento ilustrado clásico, forjador del mito del progreso, que, una vez demolido, ha arrastrado consigo lo que de bueno había en su seno. No se trata de un futuro ya predeterminado desde el presente, científicamente calculable y mero desarrollo de las expectativas actuales, de las que se han quitado las adherencias negativas que todavía persisten y que impiden la apoteosis final de la historia. Tampoco se trataría de un futuro concebido al modo, por ejemplo, de un Trias, como finalidad sin fin, difícil matrimonio entre eterno retorno y novedad creadora que termina siendo la elegía de una esperanza definitivamente perdida. Es más bien un futuro abierto a la imaginación y a la radical libertad de los seres humanos, que, con su esfuerzo solidario, caminan hacia una meta en la que por fin el deber ser pueda hacerse presente. Es la utopía como meta de la humanidad doliente, horizonte de sentido desde el que sólo puede tener coherencia nuestra vida presente. Es el grito racional que se niega a dejar la última palabra al dolor y al sufrimiento y afirma que de ningún modo se puede aceptar como definitivas las limitaciones impuestas a la felicidad de los seres humanos. Como Fichte, proclama que si la realidad no está de acuerdo con nuestras esperanzas, con nuestros

deseos y nuestras ilusiones, peor para la realidad. Y, desde ahí, proclama el «novum» que rompe totalmente con las pobres previsiones realizadas desde nuestro presente inmediato y abre la historia a una presencia de la trascendencia que nos recuerda que es secundario saber si algún día se implantará en la historia el paraíso, ni siquiera cuáles serán sus características, pues nos hace ver que el único futuro digno realmente de ese nombre es el futuro que irrumpe en nuestro presente y nos pone en tensión creadora.

Por eso sólo desde una memoria que se niega a dejar el pasado en manos de los vencedores y desde un futuro trascendente que irrumpe en nuestra vida, es posible recuperar un presente pleno o, como decía Benjamín, «un concepto de presente como “tiempo-ahora” en el que se han metido, esparciéndose, astillas del tiempo mesiánico». Sólo así podremos ser auténticamente fieles a nuestros contemporáneos. No hay posibilidad de refugiarse en nostalgias decadentes que siguen pensando que cualquier tiempo pasado fue mejor; tampoco es posible dejarse arrastrar por esa temporalidad intemporal de un inmediatez sólo preocupado de estar a la moda, de poder citar el último libro o de saberse el último editorial de *El País*; mucho menos es escurrir el bulto con un vergonzante «vuelva usted mañana». Es aquí y ahora, es en el presente espeso, el tiempo del ya, pero todavía no, en donde hay que hacer vigente que, en efecto, es posible vivir de otra manera y que esa alegría y optimismos profundos, inasequibles al desaliento como decíamos al principio, no son palabras vacías, gestos grandilocuentes de cara a la galería. El que no es capaz de practicar aquí y ahora la libertad y la solidaridad, el que no sabe hacerlas presentes ante la mirada escéptica de sus vecinos, y espera a otro momento, o transige con procedimientos alejados de esa libertad que justifica por un próximo futuro mejor, es porque no cree en su fuerza transformadora y porque está claudicando ante un realismo muy poco realista. El presente deja de ser, por tanto, pura etapa de transición en la que todo está permitido porque así lo justifica la siguiente etapa en la que se alcanzará la felicidad; pero al mismo tiempo no renuncia de ninguna manera a las promesas de liberación que anidan en la utopía, ni se contenta con un vivir a tope el momento, que es incapaz de levantar el vuelo más allá de las migajas de placer que el sistema nos concede. Es por el contrario el momento en el que, brotando de una profunda alegría que se salta las barreras, la libertad y la solidaridad se hacen carne de nuestra carne en el testimonio cotidiano.

Hay que recuperar, igualmente, un profundo sentido ético que empape todas nuestras acciones, que se convierta en el verdadero esqueleto sobre el que se mantiene firme y unida nuestra intervención en el mundo; sólo desde ahí podemos dotar a nuestra vida de una integralidad y globalidad que hace posible reconstruir un proyecto alternativo personalista y comunitario. Una ética caracterizada, en primer lugar, por ser autónoma, es decir, por brotar de la propia virtud interior, de la propia energía creadora de los seres humanos, que no se contenta con recibir desde fuera unas normas de conducta, sino que necesita fundamentarlas desde su propia libertad, que en ningún modo es una condena, sino condición de posibilidad de nuestro propio desarrollo personal y comunitario y al mismo tiempo meta hacia la que se camina. Ni siquiera nos basta con las espléndidas declaraciones universales de derechos humanos, pues, aunque las asumamos, siguen necesitando de una fundamentación que nadie nos va a dar

hecha y siguen necesitadas de una energía poderosa que las haga salir del estado de meras declaraciones formales. Y autónoma también en la medida en que es imprevisible el conjunto de problemas y posibilidades a los que tendrá que ir haciendo frente.

Una ética caracterizada, en segundo lugar, por saber dar la cara, por hacer frente al mundo que nos ha tocado vivir y a sus dificultades, por no salir corriendo intentando buscar un refugio en el que se pueda no tomar partido. La virtud es también un hábito, el resultado de una práctica constante y consciente que pretende encarnar en nuestra propia vida unos valores que se nos presentan como innegociables y no manipulables. No se puede hablar de ética si no hablamos también de apertura, de dependencia, de receptividad; ser éticos es, en gran parte, sentirse interpelados por algo que nos exige actuar, dar la cara, situarnos ante unos acontecimientos que no hemos querido, pero que no podemos eludir. Sólo así podemos volver a incluir en la ética conceptos claves hoy olvidados como el de deber, el de responsabilidad, culpabilidad, bien. Levinas ha sabido expresarlo posiblemente mejor que ningún otro pensador. Hay una fractura originaria en mi yo que comprende que la libertad del otro no comienza con mi libertad, que ante el otro me siento vulnerable; mi yo nace con una «hemorragia del para otro» que me convierte en responsable de las faltas del otro. Es una culpabilidad originaria, pero no enfermiza, sino inocente, que nos impide cerrarnos en nosotros mismos y nos abre a la acogida del otro; de ahí que se convierta en condición de sociabilidad: somos rehenes del otro. Es una asimetría radical que exige a continuación la aparición de un tercero, de la comunidad que pone un límite a mi responsabilidad, a mi vulnerabilidad ante las faltas de los demás; la asimetría se suaviza así con el nacimiento de la justicia, de la igualdad y de la reversibilidad, y esa necesidad de justicia está a la raíz de la génesis de la sociedad y de las instituciones, pero sin que eso nos lleve a un nuevo egoísmo que disuelve su propia responsabilidad en la sociedad y nos hace olvidar que nuestros deberes van más allá de nuestros derechos. Pues de eso se trata, de que la exigencia de nuestros derechos nunca sobrepase a la responsabilidad ante nuestros deberes.

Una ética, por último, que rompe con la escisión introducida en el mundo moderno, desde Maquiavelo, entre ética y política, que se niega a admitir que es posible separar los medios de los fines, como si los primeros fueran una cuestión técnica y los segundos una cuestión ética. Es enfrentarse diametralmente al Estado moderno, que ha pretendido separar el problema del bien de la conciencia personal, del ejercicio del poder. La persona ética es aquella que tiene como misión mantener los escrúpulos en el seno de la sociedad, unos escrúpulos que nos revelan, como dice Belohradshy, que «existen leyes fundamentales de nuestra existencia que sólo podemos respetar y no modificar según nuestra propia conveniencia. El saber que no se transforma en poder, sino en respeto, conduce a la disidencia en una sociedad dominada por lo arbitrario. El filósofo no puede comunicar de otra manera que por su propia ejemplaridad, por su disponibilidad a dejarse guiar por sus escrúpulos». Eso nos lleva a reconocer que las leyes fundamentales, los derechos básicos, por su propia naturaleza excluyen el que puedan ser defendidos por el Estado y por el derecho positivo. Sólo la solidaridad entre aquellos que han sabido conservar los escrúpulos puede poner un freno a la barbarie y dar comienzo a algo distinto.

Pues bien, desde el giro copernicano que está implicado en esa dimensión temporal de nuestra vida y ese sentido ético de nuestra actuación, podemos hacer frente a los problemas que actualmente nos aquejan. Por lo que acabamos de decir, es fácil comprender que nuestra acción en ningún momento va dirigida al ámbito de la política, al menos en el sentido técnico que actualmente se entiende, sino al ámbito de la sociedad civil o de la política en el sentido aristotélico. El mismo planteamiento excluye esa posibilidad. Pero es que, además, partimos del supuesto de que la única transformación posible del sistema dominante debe partir desde abajo, desde las propias entrañas de la sociedad, para, articulándose en un proyecto autogestionario total, empapar todo el conjunto de la vida social hasta alcanzar a las instituciones, incluidas las estatales, las cuales podrían dejar de ser así fuente de dominación y opresión. De nada sirve tomar el Palacio de Invierno, al menos si nuestro objetivo es contribuir al nacimiento de una nueva sociedad. Dejemos que los muertos entierren a sus muertos y pongámonos al lado de los pobres, de los humillados y los ofendidos, porque sólo desde abajo se hacen las revoluciones. Lo otro es el cambio, es decir, la perpetuación de lo mismo.

Con estos supuestos, lógico es que un primer área fundamental en el que desarrollar esta opción sea el área pedagógica, porque un proyecto de este tipo es consustancialmente pedagógico, es decir, pretende educar, extraer de las propias entrañas de la sociedad lo mejor que hay en ella y contribuir a que desarrolle todas sus potencialidades, que en estos momentos están sofocadas por el peso de un sistema degradado. Educación que va más allá del marco de la educación institucional, aunque sin olvidarla, dada la crítica y difícil situación en que se encuentra, y que pretende incidir en la formación de una conciencia colectiva, compitiendo con los medios de comunicación desde los que esa conciencia es actualmente deformada. Educación que busca también la creación de comunidades con un sólido nivel de preparación, con una formación integral, las cuales a su vez servirán para difundir y hacer presente un modo alternativo de vivir.

Lógico también que otro área fundamental sea el mundo juvenil, una de las víctimas más despiadadamente maltratadas por la sociedad actual. Al igual que el Quereas de Camus, no podemos perdonar a una sociedad que ha matado la esperanza en la juventud, que la ha dejado sin ideales y que la ha dejado sin futuro; una sociedad que sólo se acuerda de la juventud para explotar el mito comercial del «consérvese usted joven y apuesto», pero sin ir más allá de la pura epidermis. Urge compartir su soledad y su marginación, urge ofrecerles un uso alternativo de su tiempo vacío de trabajo y apenas cubierto por una oferta seudocultural degradante. Urge desprendernos de nuestro propio escepticismo, de nuestro morboso desencanto, de nuestra falta de escrúpulos, de nuestra complicidad con un sistema que nada ofrece, pues todas esas actitudes negativas se las estamos inoculando machaconamente, destruyendo en ellos incluso la capacidad de autodefenderse. Urge recuperar un sentido auténtico del magisterio que pueda ofrecerles nuevos valores e ideales, sin caer en el recurso fácil del compadreo que no les exige a ellos asumir sus propias responsabilidades. Y urge, también, ayudarles a que puedan participar realmente en la gestión de sus propias vidas y de la sociedad a la que debieran pertenecer.

Hace falta igualmente estar presentes en el mundo del trabajo, especialmente

en el mundo de los que querían trabajar, pero no encuentran sitio, pues también ahí se encuentran los más perjudicados, los que están pagando la reconversión salvaje del sistema capitalista y que asisten con impotencia al espectáculo de unos ricos que cada día ganan más y unos pobres que cada día tienen menos, bordeando ya en muchos lugares de nuestra geografía el umbral de la miseria y del hambre. Hay que luchar por un proyecto realmente solidario que reparta entre todos los problemas y que apunte a la única solución realista: la superación del sistema capitalista, que, en contra de lo que algún cualificado dice, es el más malo de los conocidos. Hay que luchar por un sindicalismo que vaya más allá del corporativismo, de la defensa de «mi» puesto de trabajo o de la suavización de los males para hacer tragar mejor en antinatural colaboración con el bloque dominante.

Hace falta replantearse con seriedad la posición de España en el contexto internacional, cuestionar la nefasta incorporación a la élite del imperialismo mundial, vía OTAN y vía MCE, que nadie parece poner en duda, especialmente en el segundo caso. ¿Qué beneficios esperamos sacar realmente de nuestra incorporación a unas sociedades que viven del expolio y el despilfarro? ¿Qué vamos a poder aportar desde ahí a la transformación del orden económico internacional, raíz de la situación de miseria que atenaza a las tres cuartas partes de la humanidad? Ante el clamor de los olvidados de la tierra no se puede permanecer en silencio, mucho menos cuando ya los tenemos aquí en condiciones inadmisibles de trabajo y residencia; y de ningún modo es suficiente pagarles el billete de regreso a sus países de origen, después de haber soportado la explotación sobre sus espaldas. Hace falta colaborar con ellos, ponerse de su parte, aunque esto pueda suponer renunciar a algunas conquistas ya conseguidas y aunque reconozcamos que nuestra aportación tiene que ser necesariamente modesta. Y hace falta, también, estar atento a lo que desde ellos está naciendo, a las prácticas sociales con las que están intentando romper el círculo vicioso de la dependencia y de la miseria, a lo que proponen en los foros internacionales, pues, como ya dijimos antes, es fundamentalmente desde ahí desde donde tiene que surgir una brisa nueva que sacuda nuestra impotencia y nuestra falta de imaginación.

Y podríamos hablar de la construcción de un proyecto nacional que respetara al mismo tiempo la solidaridad y la identidad de cada uno. Podríamos hablar de los ancianos, de los enfermos, del pacifismo, de la Iglesia. Podríamos hablar de muchas otras cosas también urgentes, de otros agujeros negros en los que hace falta dar un testimonio vivificante y transformador, pero nos falta tiempo para hacerlo. Pensamos, por otra parte, que con lo dicho se sientan unos puntos claves desde los que acometer nuestra presencia en la sociedad española. Lo importante es que no se puede seguir siendo cómplices con nuestro silencio de una sociedad degradada; en una sociedad que se considera a sí misma como democrática, es posible que haya algunos culpables concretos a los que se les pueda exigir que rindan cuenta de sus acciones, pero de lo que no cabe la menor duda es de que todos somos responsables de lo que ocurre y que nada puede justificar nuestra inhibición. Termino ya robando los versos al poeta:

«Porque vivimos a golpes, porque apenas si nos dejan decir que somos quien somos, nuestros cantares no pueden ser, sin pecado, un adorno. Estamos tocando el fondo, estamos tocando el fondo.»